

que entrábamos al comedor y dirigiéndose a un paje,—si vienen a buscarnos, dí que no estamos en casa. Es necesario que te acuestes temprano, para poder madrugar—me observó, señalándome el asiento de la cabecera.

El y Lorenzo se colocaron a uno y a otro lado del mío.

—¡Diantre!—exclamó el administrador cuando la luz de la lámpara de la mesa bañó mi rostro;—¿qué bozo has traído? Si no fueras moreno, se podría jurar que no sabes dar los buenos días en español. Se me figura que estoy viendo a tu padre cuando él tenía veinte años; pero me parece que eres más alto que él; sin esa seriedad, heredada sin duda de tu madre, creería estar con el judío la noche que por primera vez desembarcó en Quibdó. ¿No te parece, Lorenzo?

—Idéntico—respondió éste.

—Si hubieras visto—continuó mi huésped dirigiéndose a él,—el afán de nuestro inglesito luego que le dije que tendría que permanecer conmigo dos días... Se impacientó hasta decirme que mi brandy abrasaba no sé qué... ¡Caracoles! temí que me regañara. Vamos a ver si te parece lo mismo este tinto, y si logramos que te haga sonreír. ¿Qué tal?—añadió, después que probé el vino.

—Temblando estaba de que le hicieras ascos, porque es lo mejor que he podido conseguir para que tomes el río.

La jovialidad del administrador no flaqueó un instante durante dos horas. A las nueve permitió que me retirase, prometiéndome estar en pie a las cuatro de la mañana para acompañarme al embarcadero. Al darme las buenas noches, agregó:

—Espero que no te quejarás mañana de las ratas como la otra vez; una mala noche que te hicieron pasar, les ha costado carísimo: las he hecho, desde entonces, guerra a muerte.

LVII

A las cuatro llamó el buen amigo a mi puerta y hacía una hora que le esperaba yo, listo para marchar. El, Lorenzo y yo nos desayunamos con brandy y café, mientras los bogas conducían a las canoas mi equipaje, y poco después estábamos todos en la playa. La luna, grande y en su plenitud, descendía ya al ocaso, y al aparecer bajo las negras nubes que la habían ocultado, bañó las selvas distantes, los manglares de la ribera y la mar tersa y callada con resplandores trémulos y rojizos, como los que esparcen los blandos de un féretro sobre el pavimento de mármol y los muros de una sala mortuoria.

—¿Y ahora hasta cuándo?—me dijo el administrador correspondiendo a mi abrazo de despedida con otro apretado.

—Quizá volveré muy pronto—le respondí.

—¿Regresarás, pues, a Europa?

—Tal vez.

El alegre sujeto me pareció melancólico en aquel momento.

Al alejarse de la orilla la canoa ranchada, en la cual íbamos Lorenzo y yo, gritó:

—¡Muy buen viaje!

Y dirigiéndose a los bogas:

—Cortico, Laureán... Cuidármelo como cosa mía.

—Sí, mi amo—contestaron a dúo los negros.

A dos cuádras estaríamos de la playa, y creí distinguir la blanca silueta del administrador, inmóvil en el mismo sitio en que acababa de abrazarme. Los resplandores amarillentos de la luna, melados a veces, fúnebres siempre, nos acompañaron hasta después de haber entrado a la embocadura del Dagua. Permanecía yo en pie a la puerta del rústico camarote, bóveda de techumbre cilíndrica formada con matambas, bejucos y hojas de rabiahorcado que en el río llaman ran-

cño. Lorenzo, después de haberme arreglado una especie de cama, sobre tablas de gradua bajo aquella navegante gruta, estaba sentado a mis pies con la cabeza apoyada sobre las rodillas, y parecía dormir. Cortico (o sea Gregorio, que tal era su nombre de pila) bogaba cerca de nosotros re-funfufiando a ratos la tonada de un bunde. El atlético cuerpo de Laureán se dibujaba como el perfil de un gigante sobre los últimos celajes de la luna, ya casi invisible. Apenas si se oía el canto monótono y ronco de los bambures en los manglares sombríos de las riberas y el ruido sigiloso de las corrientes, interrumpiendo aquel silencio solemne que rodea los desiertos en su último sueño, sueño profundo, como el del hombre en las postreras horas de la noche.

—Echa un trago, Cortico, y entona mejor esta canción triste—dije al boga enano.

—¡Jesú! mi amo, ¿le parece triste?

Lorenzo escanció de la chamberga pastusa cantidad más que suficiente de anisado en mate que el boga le presentó, y éste continuó diciendo:

—Será que el sereno me ha dao carraspera.

Y dirigiéndose a su compañero:

—Compae Laureán, el branco que se quiere despejá el pecho para que cantemos un baile alegro.

—A probalo—respondió el interpelado con voz ronca y sonora;—otro baile será el que va a empezar en el oscuro. ¿Ya sabe?

—Por lo mesmo, señó.

Laureán saboreó el aguardiente como conocedor en la materia, murmurando:

—Del que ya no baja.

—¿Qué es eso del baile a obscuras?—le pregunté.

Colocándose en su puesto, entonó por respuesta el primer verso del siguiente bunde; respondióle Cortico con el segundo, tras de lo cual hicieron pausa, y continuaron de la misma manera hasta dar fin a la salvaje y sentida canción.

Se no junde ya la luna,  
remá, remá,  
¿Qué hará mi negra tan sola?  
llorá, llorá.

Me coge tu noche oscura,  
San Juan, San Juan.

Oscura como mi negra,  
ni má, ni má.

La lu de sus ojo mío,  
der má, der má.

Lo relámpago parecen,  
bogá, bogá.

Aquel cantar armonizaba dolorosamente con la naturaleza que nos rodeaba; los tardos ecos de esas selvas inmensas repetían sus acentos que-jumbrosos, lentos y profundos.

—No más bunde—dije a los negros aprovechándome de la última pausa.

—¿Le parece a su mercé mal cantao?—preguntó gregorio, muy triste.

—¿La juga?

—Lo que sea.

—¡Alabao! Si cuando me cantan bien una juga y la baila con este negro Mariugenia... créame su mercé lo que le digo: hasta los ángeles del cielo zapatean con gana de bailala.

—Abra el ojo y cierre el pico, compae—dijo Laureán;—¿ya oye?

—¿Acaso soy sordo?

—Bueno, qué.

—Vamo a verlo, señó.

Las corrientes del río empezaban a luchar contra nuestra embarcación. Los chasquidos de los herrones de las palancas se oían ya. Algunas veces la de Gregorio daba un golpe en el borde de la canoa, para significar que había de cambiar de orilla, y atravesábamos la corriente.

Poco a poco fuéronse haciendo densas las nieblas. Del lado del mar nos llegaba el retumbo de una tronamenta lejana. Los bogas hablaban

Un ruido semejante al vuelo rumoroso de un huracán sobre las selvas, venía a nuestro alcance. Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer después.

Me recosté en la cama que Lorenzo me había tendido. Este quiso encender la luz; pero Gregorio, que le vió frotar un fósforo, le dijo:

—No prenda vela, patrón, porque me deslumbró y se embarca la culebra.

La lluvia azotaba rudamente la techumbre del rancho.

Aquella obscuridad y silencio eran gratos para mí después del trato forzado y de la fingida amabilidad usada durante mi viaje con toda clase de gente. Los más dulces recuerdos, los más tristes pensamientos, volvieron a disputarse mi corazón en aquellos instantes para reanimarlo o entristecerlo. Bastábanme ya cinco días de viaje para volver a tenerla en mis brazos y devolverle toda la vida que mi ausencia le había robado. Mi voz, mis caricias, mis ojos, que tan dulcemente habían sabido conmoverla en otros días, ¿no serían capaces de disputársela al dolor y a la muerte? Aquel amor ante el cual la ciencia llamaba en su auxilio, debía poderlo todo. Recorría mi memoria lo que decía en sus últimas cartas: «La noticia de tu regreso ha bastado a volverme las fuerzas... Yo no puedo morirme y dejarte solo para siempre».

La casa paterna, en medio de sus verdes colinas, sombreada por sauces añosos, engalanada con rosales, iluminada por los resplandores del sol al nacer, se presentaba a mi imaginación; eran los ropajes de María los que susurraban cerca de mí; la brisa de Zambaleta la que movía mis cabellos; las esencias de las flores cultivadas por María, las que aspiraba yo... y el desierto con sus aromas, sus perfumes y sus susurros eran cómplices de mi deliciosa ilusión. Detúvose la canoa en una playa de la ribera izquierda.

—¿Qué es?—pregunté a Lorenzo.

—Estamos en el Arenal.

—¡Oopa! Un guarda, que contrabando va—gritó Cortico.

—¡Alto!—contestó un hombre que debía estar en acecho, pues dió esa voz a pocos pasos de la orilla.

Los bogas soltaron a dúo una estrepitosa carcajada, y no había puesto punto final a la suya Gregorio, cuando dijo:

—¡San Pedro bendito! que casi me «pica» este cristiano. Cabo Ansermo, a osté lo va a matar unumatismo metío entre un carrizar. ¿Quién le contó que yo subía, señó?

—Bellaco—le respondió el guarda,—las brujas. ¿A ver qué llevas?

—Buque de gente.

Lorenzo había encendido luz, y el cabo entró en el rancho, dando de paso al negro contrabandista una sonora palmada en la espalda, a guisa de caricia. Luego que me saludó franca y respetuosamente, se puso a examinar la guía, y mientras tanto, Laureano y Gregorio, en campanilla, sonreían asomados a la boca del camarote. El primer grito de Gregorio al llegar a la playa, alarmó a todo el destacamento: dos guardas más, con caras de mal dormidos, y armados de carabinas como el que aguardaba agazapado bajo las malezas, llegaron a tiempo de libación y despedida. La enorme chamberga de Lorenzo, que tenía para todos, debía estar deseosa de habérselas con otros menos desdefiosos que sus amos. Había cesado la lluvia y empezaba a amanecer, cuando después de las despedidas y cuchufletas picantes sazonadas con risotadas y algo más que se cruzaban entre mis bogas y los guardas, continuamos el viaje.

De allí para adelante las selvas de las riberas fueron ganando en majestad y galanura: los grupos de palmeras se hicieron más frecuentes: veíase la palmil de recta columna manchada de púrpura; la milpesos frondosa brindando en sus raíces el delicioso fruto; la chontadura y la gualte; distinguiéndose entre todas las chonta de flexi-

ble tallo e inquieto plumaje, por aquello de coqueto y virginal que recuerda talles seductores y esquivos. Los más con sus racimos medio defendidos aún por la concha que los había abrigado, todos con sus penachos color de oro, parecían con sus rumores dar la bienvenida a un amigo no olvidado. Pero aún faltaban allí las bejucadas de rojos festones, las trepadoras de frágiles y lindas flores y los aterciopelados musgos de los peñascos. El naguarte y el piáunde, como reyes de la selva, empinaban sus copas sobre ella para divisar algo más grandioso que el desierto: la mar lejana.

La navegación iba haciéndose cada vez más penosa. Eran casi las diez cuando llegamos a Calle Larga. En la ribera izquierda había una choza, levantada, como todas las del río, sobre gruesos estantillos de guayacán, madera que, como es sabido, se petrifica en la humedad: así están los habitantes libres de las inundaciones y menos en familia con las víboras, cuya abundancia y diversidad son el terror y pesadilla de los viajeros.

Mientras Lorenzo, guiado por los bogas, iba a disponer nuestro almuerzo en la casita, permanecí en la canoa preparándome para tomar un baño cuya excelencia dejaban prever las aguas de cristal. Mas no había contado con los mosquitos, a pesar de que sus venenosas picaduras los hacen inolvidables.

Me atormentaron a su sabor, haciéndole perder el baño que tomé, la mitad de su orientalismo salvaje. El color y otras condiciones de la epidermis de los negros, los dificulta sin duda contra esos tenaces y hambrientos enemigos, pues seguí observando que apenas se daban por notificados los bogas de su existencia. Lorenzo me trajo el almuerzo a la canoa, ayudado por Gregorio, quien se las daba de buen cocinero, y me prometió para el día siguiente un tapado.

Debíamos llegar por la tarde a San Cipriano, y los bogas no se hicieron rogar para continuar

el viaje, vigorizados por el puro tinto del administrador. El sol no desmentía ser de verano. Cuando las riberas lo permitían, Lorenzo y yo, para desentumecernos, o para disminuir el peso de la canoa, en pasos de peligro confesados por los bogas, andábamos por algunas de las orillas cortos trechos, operación que allí se llama «playcar»; pero en tales casos, el temor de tropezar con alguna guascoma, o de que alguna chonta se lanzase sobre nosotros, como los individuos de esa familia de serpientes negras, rollizas y collarejas acostumbra, nos hacía andar por las malezas más con los ojos que con los pies.

Era inútil averiguar si Laureano y Gregorio eran curanderos, pues apenas hay boga que no lo sea y que no lleve consigo colmillos de muchas clases de víboras y contras para varias de ellas; entre las cuales figuran el guaco, los bejucos atajasangre, siempreviva, zaragoza, y otras hierbas que no nombran y que conservan en colmillos de tigre y de caimán ahuecados. Pero esto no basta para tranquilizar a los viajeros, pues es sabido que tales remedios suelen ser ineficaces algunas veces, muriendo el que ha sido mordido después de pocas horas, arrojando sangre por los poros y con agonías espantosas. Llegamos a San Cipriano. En la ribera derecha y en el ángulo formado por el río que dá el nombre del sitio y por el Dagua, que parece regocijarse con su encuentro, estaba la casa alzada sobre postes en medio de un platanal frondoso. No habíamos saltado todavía a la playa, y ya Gregorio gritaba:

— ¡Na Rufina! Aquí soy yo.

Y en seguida:

— ¿Dónde cogió esta viejota?

— Buena tarde, ño Gregorio—respondió una negra joven asomándose al corredor.

— Me tiene que da posada, porque traigo cosa buena.

— Sí, señó, suba pué.

— ¿Mi compañero?

— En la Junta.

—¿Tío Bilbian?

—Asina no ma, ño Gregorio.

Laureán dió las buenas tardes a la casera y volvió a guardar su silencio acostumbrado.

Mientras los bogas y Lorenzo sacaban los trastos de la canoa, yo estaba fijo en algo que Gregorio había llamado «viejota», sin hacer otra observación: era una culebra, gruesa como un brazo fornido, como de tres varas de larga, de dorso áspero, color de hoja seca y salpicada de manchas negras, barriga que parecía de piezas de marfil ensambladas, cabeza enorme y boca tan grande como la cabeza misma, nariz arremangada y colmillos como uñas de gato. Estaba colgada por el cuello en un poste del embarcadero y las aguas de la orilla jugaban con su cola.

—¡San Pablo!—exclamó Lorenzo fijándose en lo que yo veía,—¡qué animalote!

Rufina, que se había bajado a «alabarme a Dios», observó riéndose, que más grandes las habían matado algunas veces.

—¿Dónde encontraron ésta?—le pregunté.

—En la orilla, mi amo, allí en el chiquero—me contestó, señalándome un árbol frondoso distante treinta varas de la casa.

—¿Cuándo?

—A la madrugadita, que se fué hermano a viaje, la encontró armáa, y él la trajo para sacarle la contra. La compañera no estaba allí, pero hoy la ví y él la topa mañana.

La negra me refirió en seguida que aquella víbora hacía daño de esta manera: agarrada de alguna rama o bejuco con una uña fuerte que tiene en la extremidad de la cola, endereza más de la mitad del cuerpo sobre las roscas del resto; mientras la presa que acecha no le pasa a distancia tal que solamente extendida con toda su longitud, la culebra pueda alcanzarla, muerde a la víctima y la trae a sí con una fuerza invencible; si la presa vuelve a alejarse a distancia precisa, se repite el ataque, hasta que la víctima ex-

pira; entonces se enrolla envolviendo el cadáver y duerme así por algunas horas.

Casos han ocurrido en que cazadores y bogas se salven de ese género de muerte asiéndole la garganta a la víbora con entrambas manos, o luchando con ella hasta ahogarla, o arrojándole una rauna sobre la cabeza, mas eso es raro, porque es difícil distinguirla en el bosque, por semejarse a un tronco delgado en pie y ya seco.

Mientras la verrugosa no halla donde agarrar su uña, es del todo inofensiva.

Rufina, señalándome el camino, subió con admirable destreza la escalera, formada de un solo tronco de guayacán miesqueado, y aun me ofreció la mano entre risueña y respetuosa, cuando yo iba a pisar el pavimento de la choza, hecha en tablas picadas de pambil, negras y brillantes por el uso. Ella, con las trenzas de pasas atadas a la parte posterior de la cabeza, que no carecía de cierto garbo natural, follado de pancho azul y camisa blanca, todo muy limpio, candongas de higas azules y gargantilla de lo mismo aumentada con escudito cavalongas, me pareció graciosísimamente original, después de haber dejado por tanto tiempo de ver mujeres de esa especie; y lo dejativo de su voz, cuya gracia consiste, en gentes de la raza, en elevar el tono en la sílaba acentuada de la palabra final de cada frase, lo movable de su talle y sus sonrisas esquivas, me recordaban a Remigia en la noche de sus bodas.

Bilbiano, padre de la núbil negra, que era un boga de poco más de cincuenta años, inutilizado ya por el reumatismo, resultado del oficio, salió a recibirme, con el sombrero en la mano, y apoyado en un grueso bastón chonca; vestía calzones de bayeta amarilla y camisa de listado azul, cuyas faldas llevaba por fuera.

Componíase la casa, como que era una de las mejores del río, de un corredor, del cual, de cierta manera, formaba continuación la sala, pues por las paredes de palma de ésta, en dos de los lados, apenas se levantaban a vara y media del

suelo, presentando así la vista del Dagua por una parte y la del dormido y sombrío San Cipriano por la otra; a la sala seguía una alcoba, de la cual se salía a la cocina, y la hornilla de ésta estaba formada por un gran cajón de tablas de palma repisado con tierra, sobre el cual descansaban las tulpas y el aparato para hacer el fufú. Sustentado sobre las vigas había un tablado que la abovedaba en una tercera parte, especie de despensa en que se veían amarillear hartones y guineos y a la cual subía frecuentemente Rufina por una escalera más cómoda que la del patio. De una viga colgaban atarrayas y cantangas y estaban atravesadas sobre otras, muchas palancas y varas de pescar. En un garabato había colgado un mal tamboril y una carrasca, y en un rincón estaba recostado el carángano rústico, bajo en las músicas de aquellas riberas.

Pronto estuvo mi hamaca colgada. Acostado en ella veía los montes distantes no hollados aún iluminados por la última luz de la tarde, y las ondas del Dagua pasar atornasolado de azul verde y oro. Bibiano, estimulado por mi franqueza y cariño, sentado cerca de mí, tejía crezneja para sombreros, fumando en su congola, conversándome de los viajes de su mocedad, de la difunta (su mujer), de la manera de hacer la pesca en corrales y de sus achaques. Había sido esclavo hasta los treinta años, en la mina de Iró, y a esa edad consiguió, a fuerza de penosos trabajos y de economías, comprar su libertad y la de su mujer, que había sobrevivido poco tiempo a su establecimiento en el Dagua. Los bogas, con calzones ya, charlaban con Rufina; y Lorenzo, después de haber sacado sus comestibles refinados para acompañar el sancocho de nayo que nos estaba preparando la hija de Bibiano, había venido a recostarse silencioso en el rincón más oscuro de la sala. Era casi de noche cuando se oyeron gritos de pasajeros hacia el río. Lorenzo bajó apresuradamente y regresó poco después diciendo que el correo subía; y había tomado noticia de que

mi equipaje quedaba en Mondomo. Pronto nos rodeó la noche con toda su pompa americana: las noches del Cauca, las de Londres, las pasadas en alta mar, ¿por qué no eran tan majestuosamente tristes como aquellas? Bibiano me dejó creyéndome dormido, y fué a apurar la comida.

Lorenzo encendió una vela y preparó la mesita de la casa con el menaje de nuestras alforjas. A las ocho, todos estaban, bien o mal, acomodados para dormir. Lorenzo, luego que me hubo arreglado con esmero casi maternal en la hamaca, ya había acostado en la suya.

—Taita—dijo Rufina desde la alcoba a Bibiano, que dormía con nosotros en la sala,—escuche su merced la verrugosa cantando en el río.

En efecto, se oía hacia ese lado algo como el cloqueo de una gallina monstruo.

—Avisalo a fío Laureán—continuó la muchacha,—para que a la madrugada pasen con mañita.

—¿Ya oíste, hombre?—preguntó Bibiano.

—Sí, señó—respondió Laureán, a quien debía tener despierto la voz de Rufina, pues, según comprendí más tarde, era su novia.

—¿Qué es esto grande que vuela aquí?—pregunté a Bibiano, próximo ya a figurarme que sería alguna culebra alada.

—El murciélago, amito—contestó,—pero no haya miedo que le pique durmiendo en la hamaca.

### EVIII

Lorenzo me llamó a la madrugada; vió mi reloj eran las tres. A favor de la luna, la noche parecía un día opaco. A las cuatro, encomendados a la Virgen en las despedidas de Bibiano y de su hija, nos embarcamos.

—Aquí canta la verrugosa, compae—dijo Laureán a Cortico, luego que hubimos navegado un corto trecho,—saque afuerita, no vaya a estármáa.

Todo el peligro para mí era que la vrbora se entrase en la canoa, pues estaba defendido por el techo del rancho; pero agarrado por ella alguno de los bogas, el naufragio era probable. Pasamos felizmente; mas, la verdad sea dicha, ninguno tranquilo. El almuerzo de aquel día fué copia del anterior, salvo el aumento del tapado, que Gregorio había prometido, potaje que preparó haciendo un hoyo en la playa, y una vez depositados en él, envueltos en hojas de dibo, la carne, plátanos y demás que debían componer el cocido, lo cubrió con tierra, y encima de todo encendió un fogón. Era increíble que la navegación fuese más penosa en adelante que la que había hecho hasta allí; pero lo fué: en el Dagua es donde con toda propiedad puede decirse que no hay imposibles.

A las dos de la tarde tomábamos dulce en un remanso; Laureán lo rehusó y se internó en el bosque algunos pasos para regresar trayendo unas hojas que después de puestas en un mate lleno de agua, hasta que el líquido se tiñó de verde, coló éste con la copa de su sombrero y se lo tomó. Era un zumo de «hoja hedionda», único antidoto contra las fiebres, temibles en la costa y en aquellas riberas, que aceptan como eficaz los negros. Las palancas que cuando se baja al río sirven mil veces para evitar un estrellamiento general, son menos útiles para subirlo. Desde Fleco, a cada paso caían al agua Gregorio y Laureán, siempre después del consabido golpe de aviso, y entonces el primero cabestreaba la canoa, asiéndola por el galindro, mientras el compañero la impulsaba por la popa. Así se sufrían los choorros o cabezones inevitables; pero para librarse de los más furiosos, había pequeños caños llamados arrastraderos, practicados en las playas, y más o menos escasos de agua, por los cuales subía la canoa rozando con el casco de los guijarros del cauce y balanceándose algunas veces sobre las rocas más salientes.

Los botadores empeoraron de condiciones por

la tarde: más y más descolgadas las corrientes a medida que nos acercábamos al Saltico, los bogas, al cambiar de orilla, impulsaban simultáneamente la canoa, subiendo al mismo tiempo de un salto sobre ella para empujar las palancas; y abandonándolas en el mismo instante, una vez atravesado el río, impedían que nos arrebatara el raudal, enfurecido por haber dejado escapar una presa ya suya. Después de cada lance de esta especie, se hacía necesario arrojar de la canoa el agua que había entrado, operación que practicaban los bogas instantáneamente amagando dar un paso y volviendo a traer un pié hacia el firme, con lo cual salían de enmedio de estas plumadas de agua. Tales evoluciones y portentos gimnásticos, asombraban ejecutados por Laureán, aunque él, por su estatura, con ceñirse una guirnalda de pámpanos, habría podido pasar por el Genio del río; pero hechas por Gregorio, quien salvo su cara siempre risueña, parecía representar la figura recortada de su compañero, con sus piernas que formaban al andar casi una O, y cuyos pies, encorvados hacia adentro, eran más que pies, instrumentos de achicar.

Pernoctamos aquel día en Saltico, pobre y desapacible caserío, a pesar del movimiento que le daban sus bodegas. Allí había un obstáculo para la navegación, y es generalmente el término de viaje de los bogas que vienen del Puerto, así como los que salían del Saltico llegaban solamente al Salto, y a este punto, los que bajaban diariamente de Juntas. La misma tarde arrastraron mis bogas por tierra la canoa, ya sin rancho, para ponerla en la playa donde debía embarcarme al día siguiente.

Del Saltico al Salto, los peligros del viaje salieron de la esfera de toda ponderación. En el Salto hubo de repetirse el arrastre de la canoa para vencer el último obstáculo, que allí merece el honor de tal nombre. Los bosques iban te-

niendo, a medida que nos alejábamos de la costa, toda aquella majestuosa galanura, diversidad de tintas y abundancia de aromas que hacen de las selvas del interior un conjunto indescriptible.

Mas el reino vegetal imperaba casi solo; ofase muy de tarde en tarde, y a lo lejos, el canto del paují; muy rara pareja de panchanas atravesaban a veces por encima de las montañas, casi perpendiculares, que encajonaban la vega; y alguna primavera volaba furtivamente bajo las bóvedas obscuras, formadas por los grajos apiñados por los cañaverales, chontas, nacederos y chiperos, sobre los cuales mecían las graduas sus arqueados plumajes. El martín-pescador, única ave acuática habitante de aquellas riberas, rozaba por rareza los remansos con sus alas, y se hundía en ellos para sacar en el pico algún pececito plateado.

Desde el Saltito encontramos mayor número de canoas bajando, y las más capaces de ellas tendrían ocho varas de largo, y escasamente una de ancho.

El par de bogas que manejaba cada canoa, balanceándose y achicando incesantemente el delantero, tranquilos siempre, apenas divisados al descender por en medio de los chorros de una revuelta lejana, desaparecían en ella y pasaban muy luego velozmente por cerca de nosotros, para volver a verse abajo y distantes ya como corriendo sobre las espumas. Los peñascos escarpados de la Víbora, Delfina con su limpio riachuelo, que brotando del corazón de las montañas parece que mezcla después tímidamente sus corrientes con las impetuosas del Dagua, y el derrumbo del Arrayán fueron quedando a la izquierda. Allí hubo necesidad de hacer alto, para conseguir una palanca, pues Laureán acababa de romper su último repuesto. Hacía una hora que un aguacero nutrido nos acompañaba, y el río empezaba a traer cintas de espuma y algunas malezas menudas.

—La niña tá celosa—dijo Cortico cuando nos arrimamos a la playa.

Creí que se refería a una música tristísima y

como ahogada, que parecía venir de una choza vecina.

—¿Qué niña es esa?—le pregunté.

—Pue Pepita, mi amo.

Entonces caí en cuenta que se refería al hermoso río que se une al Dagua abajo del Pueblo de Juntas.

—¿Por qué está celosa?

—¿No vé su mercé lo que baja?

—No.

—La creciente.

—¿Y por qué no es Dagua celoso? Ella es muy linda y mejor que él.

Gregorio se rió antes de responderme.

—Dagua tiene mal genio. Creciente de Pepita e porque el río no baja amarillo.

Subí al rancho mientras los bogas se aparejaban, deseoso de ver qué clase de instrumento tocaban allí: era una marimba, pequeño teclado de chontas sobre tarros de gradua alineados de mayor a menor, y que se hace sonar con bolillos pequeños aforrados de baqueta. Una vez conseguida la palanca y llenada la condición indispensable de que fuese de briguare o cuero negro, continuamos subiendo con mejor tiempo ya y sin que los celos de Pepita se hiciesen importunos. Los bogas, estimulados por Lorenzo y la gratificación que les tenía yo prometida por su buen manejo, esforzaron para hacerme llegar de día a Juntas. Poco después dejamos a la derecha la campiña de Sombrerilla, cuyo verdor contrasta con la aspereza de las montañas que la sombream hacia el Sur.

Eran las cuatro de la tarde cuando pasábamos al pié de los agrios peñascos de Media Luna. Salimos poco después del temible Credo; y por fin dimos dichoso término de la inverosímil navegación saltando a una playa de Juntas. El amigo D\*\*\*, antiguo dependiente de mi padre, me estaba esperando, avisado por el correista que nos dió alcance en San Cipriano, de que yo debía llegar aquella tarde. Me condujo a su casa, en donde

fui a esperar a Lorenzo y a los bogas. Estos quedaron muy contentos con mi persona, se despidieron de mí de la manera más cordial, deseándome salud, después de apurar dos copas de cognac y de haberme recibido una carta para el administrador.

## LIX

Al sentarnos a la mesa, manifesté a D\*\*\* que deseaba continuar el viaje la misma tarde, si era posible, suplicándole venciese las dificultades.

El pareció consultar a Lorenzo, quien se apresuró a responderme que las bestias estaban en el pueblo y que la noche era de luna. Le di orden para que sin demora preparase nuestra marcha; y en vista de la manera cómo lo resolví, D\*\*\* no hizo observación de ninguna especie.

Poco rato después me presentó Lorenzo los arreos de montar, manifestando por lo bajo cuánto le complacía el que pernoctásemos en Juntas. Arreglado lo necesario para que D\*\*\* pagase la conducción de mi equipaje hasta allí y lo pusiera en camino nuevamente, nos despedimos de él y montamos en buenas mulas, seguidos de un muchacho que, caballero en otra, llevaba al arzón un par de cuchugos pequeños con mi ropa de camino y algo de avío que se apresuró a poner en ellos nuestro huésped.

Habíamos vencido más de la mitad de la subida de la puerta, cuando se ocultaba ya el sol. En los momentos en que mi cabalgadura tomaba aliento, no pude menos de ver con satisfacción la hondonada de donde acababa de salir, y respirar con deleite el aire vivificador de la sierra. Veía ya en el fondo de la profunda vega la población de Juntas con sus techumbres pajizas y cenicientas: el Dagua, lujoso con la luz que entonces le bañaba, orlaba el islote del caserío, y rodando precipitadamente hasta perderse en la

revuelta del Credo, volvía a platear muy lejos en las playas de Sombrerillo. Por primera vez después de mi salida de Londres, me sentía absolutamente dueño de mi voluntad para acortar la distancia que me separaba de María. La certeza de que solamente me faltaban por hacer dos jornadas para terminar el viaje, hubiera sido bastante para hacerme reventar durante ellas cuatro mulas como la en que cabalgaba. Lorenzo, experimentado de lo que resulta de tales afanes en tales caminos, trató de hacerme moderar algo el paso, y con justo pretexto de servir de guía, se colocó delante, a tiempo que faltaba poco para que coronáramos la cuesta. Cuando llegamos al Hormiguero, solamente la luna nos mostraba la senda. Me detuve, porque Lorenzo había echado pie a tierra allí, lo cual tenía en alarma a los perros de la casa. Recostándose él sobre el cuello de mi mula, me dijo sonriendo:

—¿Le parece bueno para que durmamos aquí? Esta es buena gente y hay sitio para las bestias.

—No seas flojo—le contesté,—yo no tengo sueño y las mulas están frescas.

—No se afane—me observó tomándome el estribo;—lo que quiero es ventear estos judas, no sea que se nos achajuanen por estar tan ovachonas. Justo viene con mis mulas para Juntas—continuó escinchando la mía,—y según me dijo ese muchacho a quien encontramos en la Puerta, debe llegar esta noche en Santa Ana, si no consigue llegar a Hogas. Donde le encontremos, tomaremos chocolate e iremos a dormir un ratico por ahí donde se pueda. ¿Le gusta así?

—Por supuesto: es necesario llegar a Calí mañana a la tarde.

—No tanto: dando las siete, en San Francisco iremos entrando, pero yendo a mi paso, porque no, daremos gracias en llegar a San Antonio.

Hablando y haciendo, bañaba los lomos de las mulas con buchadas de anisado. Sacó fuego de un eslabón y encendió un cigarro; echó una recomendación al muchacho que venía «colgándose»,